

## El barón

### I

Todas las tardes de aquellos lejanos días, cuando daban las cinco campanadas en el carillón del salón grande, dejaba todo lo que estuviera haciendo en la casa y me dirigía hacia la habitación vacía, como yo la llamaba, porque nunca la había visto ocupada. Me sentaba en una vieja silla de madera con asiento trenzado de enea que situaba a diez baldosas de la chimenea. Siempre a la misma distancia y sin que estuviera encendido el fuego porque las llamas hubieran roto la magia. Solo, en medio de la habitación y a oscuras, porque raramente se subían las persianas o se abrían las puertas de los balcones para airearla, me disponía a escuchar la voz que llegaba, como si procediera de ultratumba, a través del hueco de la chimenea.

El dormitorio de doña Emilita estaba al otro lado del muro. La señora yacía enferma en la cama desde su regreso. Tenía una de esas enfermedades que matan poco a poco el cuerpo pero dejan lúcida la mente hasta el último suspiro, para que el paciente sea consciente de lo que va perdiendo cada día y sufra por su mal. ¡Pobre señora, con todo lo que se había gastado en vestir a los santos de la iglesia y en donar una nueva corona de oro y piedras preciosas a la Virgen de las Nieves, y qué pocas indulgencias estaba recibiendo a cambio!, decía mi madre confirmando que Dios no devolvía la salud en la misma medida en que recibía limosnas de los más beatos y de los ricos.

Mi madre no sabía que las indulgencias obraban después de la muerte a través de ciertos privilegios que concedía el Señor en la otra vida a los que se hubieran dedicado a propagar la fe y a hacer obras de caridad. Yo lo supe más tarde, junto a muchas otras cosas que aprendí gracias al barón y que ahora considero infinitamente más valiosas que las propias indulgencias.

Al final del otoño de 1970 doña Emilita regresó desde la mansión de la capital acompañada por su hijo, don José, al que con el tiempo yo llamaría barón, y nunca he dejado de llamarlo

así porque no existe otro nombre para él. El médico que atendía a la señora había dicho que el aire puro de la sierra y una vida sosegada le vendrían muy bien para enfrentarse a su enfermedad, aunque no le recomendó tomar las aguas de los baños porque incrementarían la fatiga de sus pulmones. Ya era desgracia tener unos baños en el pueblo, muy buenos para combatir casi todos los males conocidos, y que no sirvieran para curar a la nieta de don Olivino, el visionario que trasformó el nacimiento del río Lembo en un famoso balneario visitado por miembros de la nobleza y por ricos burgueses durante medio siglo. En realidad, las cualidades del agua medicinal las descubrió un pastor y curandero, Casiano Olmedilla, que solía llevar cabras y ovejas a que bebieran las aguas que brotaban entre las rocas, y el ganado que él cuidaba se criaba como el más sano y el que mejor leche daba de toda la comarca. Más tarde se atrevió a aplicar esas aguas y unas hierbas que sólo él conocía para tratar a los que requerían de sus servicios porque no podían pagar a un médico. La leyenda local cuenta que hizo auténticos milagros. Incluso se dijo que curó las almorranas del padre Ulpiano, un mal que no mataba pero atormentaba, aunque el párroco se negó a admitir públicamente la intervención de un curandero en su tratamiento, porque admitir poderes terapéuticos en personas no vinculadas con el clero, le hubiera creado serios problemas con el obispado.

El pastor no se hizo rico ni famoso con su descubrimiento porque las aguas brotaban en las tierras que pertenecían a la familia González, y el pobre hombre carecía de poder y de recursos para construir un balneario. Nadie se acordó de él cuando don Olivino constituyó junto a otros socios de la capital la empresa Aguas del Lembo que lo edificaría y gestionaría.

Casiano Olmedilla fue mi bisabuelo materno, por lo que se podrá deducir que mi familia ha trabajado durante muchas generaciones al servicio de los terratenientes dueños de la mayor parte de las tierras del valle del Cengarrón, más otras posesiones en lugares remotos que nunca he llegado a conocer.

El regreso de doña Emilita, después de permanecer muchos años residiendo en el palacete de Madrid, trastornó la vida de todos los que dependíamos de la familia porque tuvieron que

hacerse notables reformas en la casa grande para que estuviera en perfecto orden el día en que llegaran la señora y su hijo.

Mi madre llevaba seis años siendo la guardesa de la casa y se ocupaba de que siempre estuviera limpia y todo se hallara colocado como le gustaba a la baronesa, porque la señora necesitaba que existiera un equilibrio cósmico positivo en cada rincón de la vivienda. Mi madre no sabía lo que era eso, y tuvo que aprender que se trataba de una elaborada combinación de volúmenes, colores y aromas que hacían más grata la estancia en cada habitación. Comenzó a desempeñar la labor de guardesa cuando mi padre fue víctima de un desgraciado accidente de caza durante una montería. Él no era cazador, no se lo podía permitir, pero ejercía de ojeador para los señoritos que acudían al pueblo durante los fines de semana para tirar a los ciervos y a los jabalíes que por entonces abundaban en el valle. Cuando los cazadores se apostaban con sus relucientes escopetas, dispuestos a disparar sobre cualquier presa que se pusiera a tiro, mi padre y otros hombres del pueblo se metían entre la maleza para levantar a los animales de sus escondrijos. Los tiradores tenían la orden de disparar a la pieza cuando la vieran con claridad y ningún ojeador corriera peligro, pero era frecuente que acudieran cazadores inexpertos que, a causa de la excitación que sentían, tiraban sobre todo lo que se moviera. Eso ocurrió cuando el hijo mayor del conde de Nebreda disparó sobre una jara que se movía y acertó a mi padre en el pecho. Si el incidente se hubiera producido al revés, mi padre habría sido condenado a pudrirse en la cárcel por asesinato, pero la muerte de un peón a manos de un noble no tenía la misma gravedad. El juez, al dictar sentencia, dijo que se trataba de un lamentable accidente causado por la negligencia de un cazador furtivo que se adentró sin permiso en un coto privado.

Mi madre no pudo reclamar contra ese veredicto injusto porque nadie la habría apoyado y su desacato hubiera supuesto la pérdida de confianza de la familia, con el consiguiente despido de su trabajo, por lo que no le quedó más remedio que apelar a la resignación católica y pensar que Dios había querido llevarse a su marido antes de tiempo y de una manera peculiar. Considerando su sumisión y honradez, la baronesa se mostró generosa y le

ofreció desempeñar el puesto de guardesa. Eso suponía la obtención en usufructo de dos habitaciones en la planta baja de la casa grande, aparte de disponer de la cocina pequeña y un cuarto de aseo, lo que evitaba que tuviéramos que acudir hasta el retrete que había en el corral cuando teníamos que hacer nuestras necesidades.

Yo tenía siete años cuando murió mi padre y no puedo decir que sintiera mucho dolor por su pérdida porque apenas si tuve relación con él. Era un hombre sombrío y poco cariñoso que apenas paraba en casa, y no se preocupaba de enseñarme lo necesario para convertirme en un hombre de provecho cuando tuviera edad de trabajar. Prefería ocupar su tiempo libre en la taberna del gondolero, donde se bebía el vino más barato de la comarca junto con una almorzada de altramuces por seis reales; y casi siempre llegaba a casa apestando a vino y dando gritos que me causaban mucho miedo.

Yo estaba muy unido a mi madre, a pesar de que fuera ligera de alpargata cuando no obedecía o hacía alguna trastada, aunque yo no era un niño rebelde, a lo sumo un poco inquieto. Desde la distancia que dan los años y los avatares que he vivido, comprendo que no le debió ser fácil sacarme adelante porque estaba sola y soportaba una inmensa carga sobre su espalda.

El barón había visitado muy pocas veces el pueblo. Durante los años de juventud no disfrutaba en el campo y prefirió conocer las grandes ciudades de Europa. Había estudiado en los colegios más prestigiosos hasta licenciarse en la carrera de filología. Incluso acudió a la universidad de Oxford para completar sus estudios con un curso de especialización, porque era un apasionado de la literatura anglosajona. Su grado de erudición abarcaba casi toda la literatura europea y latinoamericana, aparte de contar con profundos conocimientos sobre geografía, historia y arte.

No creo que resulte aventurado decir que la vida del barón estaba más cercana a lo literario que a lo real porque prefería crearse su propio mundo imaginario antes que someterse a los hechos vulgares de la existencia cotidiana, mucho más obtusa, tediosa, opaca y mísera, según dijo más adelante con sus propias palabras.

Desde que doña Emilita padecía una enfermedad degenerativa en su última fase y se pasaba todo el día metida en la cama, recibía los cuidados de mi madre y de su hijo, aparte de los de don Bernardo Fonseca, el médico privado que acudía a verla todas las semanas para regular el tratamiento.

La enfermedad, aunque latente durante años, se manifestó con mayor virulencia poco después de la muerte de don Teodoro García, su marido, que no alcanzó a dilapidar en vida toda la fortuna de su mujer, a pesar de que lo intentó en el casino, en grandes fiestas, organizando safaris en África y en la India, y concediendo sofisticados caprichos a las mujeres más caras. El hecho de que muriera a consecuencia de una enfermedad venérea que se le extendió al hígado era el secreto mejor guardado de la familia. En el certificado de defunción constaba que murió de una parada cardíaca, lo que era cierto porque el corazón se le paró a consecuencia de que la infección ya le había destrozado el resto del cuerpo. Las malas lenguas decían que la señora se había negado a que los médicos le aplicaran el tratamiento necesario para aliviar el sufrimiento porque quería que su esposo penara por ese mal contraído al pecar contra Dios y contra la familia. Doña Emilita se había empeñado en que pagara por todas las infidelidades y desmanes con que la había vejado durante treinta y cinco años de ausencia de amor y gélida convivencia. También decían los lenguaces que el Señor le había hecho enfermar con un mal agónico para que don Teodoro tuviera tiempo de hacer examen de conciencia, propósito de enmienda y cumplir la penitencia para que le quedara alguna opción de librarse del infierno.

Nunca supe si el Señor también había castigado a doña Emilita con una enfermedad cruel por desear el sufrimiento a su esposo, porque uno de los mandamientos de la Iglesia dice que es pecado desear los males ajenos, o algo parecido. Nunca he sido muy ducho en el conocimiento de los temas religiosos. Cuando era un niño no me los enseñaron correctamente, y en la actualidad tengo preferencia por otros campos de estudio que se alejan de la doctrina.

Crisanto María Gascón Olmedilla es mi nombre. Caprichoso que es el destino otorgándome un nombre propio de familia noble y cobijándome en un cuerpo de esclavo raquítrico, porque esa enfermedad padecí y me dejó algo escaso de estatura y débil de músculo, aunque el seso me lo dejó intacto para que gozara del privilegio de envidiar lo que tenían los demás. A mis taras de la primera infancia, había que añadir la excelente puntería de Nicasio «el pedrás», que haciendo honor a su mote me atizó con un chinarro en el ojo izquierdo durante una pelea de pandillas junto a la tapia del cementerio cuando tenía nueve años. A pesar de la gravedad del incidente, yo no le guardé rencor porque lo consideré un accidente laboral propio de la edad. La pedrea era el juego principal al que nos dedicábamos los chicos del pueblo, y era inevitable que se produjeran algunos daños colaterales, generalmente de escasa importancia, como chichones y descalabraduras, pero a mí me tocó recibir el premio gordo que me dejó una profunda huella, y no solo en el rostro. El ojo de cristal que me colocaron, gracias a la generosidad de nuestros amos que sufragaron su importe, fue mi fiel compañero durante muchos años. Incluso todavía lo conservo guardado en una cajita porque se me quebró en tristes circunstancias y tuve que pegarlo, pero ya no volvió a ocupar el lugar que le correspondía en mi cara. Como no quise cambiarlo por ningún otro, me coloqué un parche negro, como si yo fuera un sangriento pirata, y vive dios que a mi castigado cuerpo sólo le falta la pata de palo para ser un cúmulo de desdichas, a pesar de que la edad con la que estoy contando esta historia no sea la que se considera avanzada para una persona normal. Pero no soy un hombre normal y creo que ya no quiero serlo. Durante muchos años no fue otro mi deseo. No era grato recibir la mirada compasiva y aliviada de aquellos que se alegraban por no haber padecido mi infortunio.

Supongo que la pérdida de un ojo influyó en que me convirtiera en un muchacho solitario y más acomplejado de lo que ya estaba. Los otros chicos se burlaban de mi aspecto y yo no era capaz de enfrentarme a la aplastante rudeza que se exhibía con los perdedores, como si no quedara sitio para todos y hubiera que apartar a los más débiles.

Por entonces pasaba mucho tiempo en los alrededores de la casa grande, que se encuentra a medio kilómetro del pueblo yendo por el camino del balneario. El pajar y el almacén donde se guardaban las herramientas y los aperos de labranza eran dos de mis lugares preferidos para refugiarme. Recuerdo que quería utilizar algunas herramientas para fabricarme la mejor saeta de la comarca. En nuestro pueblo, a los tirachinas se les llama saetas, y el garabato es el soporte de madera con forma de Y en el que se atan las tiras de goma hechas con los neumáticos viejos de las bicicletas o de los tractores. Para colocar la piedra que servía de munición utilizábamos un trozo de cuero de vaca. Mi primera saeta tenía un garabato muy débil, por lo que era de corto alcance y poco precisa. Yo admiraba la puntería de otros chicos capaces de matar un ratón que estuviera a más de veinte metros o de acertar a un gorrión que se encontrara en la copa de un árbol. En las pedreas se prohibían las saetas porque eran muy peligrosas y en un arrebato de locura hubieran causado alguna tragedia.

Con la ayuda de Cosme, el bracero responsable del mantenimiento, pude fabricarme una excelente saeta con un garabato que me sacó de una encina y que él dejó perfectamente pulido y equilibrado. Le grabé mi nombre en el mango y practicaba tirándole a los botes de conservas porque no me gustaba disparar a los pájaros o a los hurones. Pensaba que ese tirachinas podría darme prestigio entre los otros muchachos del pueblo, pero pronto me di cuenta de que la posesión de un arma no me hacía más fuerte, porque no servía para vencer al miedo.

No sé con certeza cuál fue el motivo que me llevó a meterme la primera vez en la habitación vacía. Puede que hubiera hecho una trastada y buscara un sitio donde esconderme antes de que mi madre me diera un alpargatazo. No pretendo decir con esto que ella fuera una mujer opresora. En realidad era una santa de las que debían llevar un aro en la cabeza, como las imágenes pintadas en los cuadros de la iglesia. La pobre se quedó viuda con treinta años y, además de cuidarme, mantener la casa de los señores y hacer la compra, también se ocupaba de los animales que había en el corral: las gallinas, los cerdos y hasta dos vacas que había que llevar a pastar al monte para que dieran buena leche.

A los días les faltaban horas para que pudiera descansar, pero nunca se quejaba de su fortuna.

Aunque yo no fuera un niño conflictivo, doña Paula, la comadrona y catequista, le había dicho a mi madre, cuando me saltaron el ojo, que yo era un crío erial al que sería muy difícil meter en vereda y que mi destino debía pasar por el seminario porque allí sabrían instruirme y darme disciplina para llegar a ser un buen sacristán de la parroquia. Reconozco que una de las funciones que desempeñaba el sacristán me atraía mucho, y cada vez que escuchaba las campanas de la iglesia confiaba en que algún día fuera yo el que estuviera en lo alto del campanario marcando el ritmo de la vida del pueblo. El que tañía las campanas sabía más que el resto de los paisanos y observaba el mundo desde una posición privilegiada; aunque si se quería tener una visión sobrehumana de nuestro valle había que subir hasta la cima del Cerro Alto. Ya sé que no tiene un nombre muy original, pero los que entienden del tema dicen que está a más de dos mil metros de altura y durante el invierno y parte de la primavera su cima está cubierta por la nieve, aunque también es frecuente que nieve en el valle del Cengarrón, donde se encuentra Villadelcerro, que así se llama nuestro pueblo.

La primera vez que escuché la voz que parecía brotar desde el interior de la tierra, me quedé rígido como un poste porque no sabía de dónde provenía. Luego me di cuenta de que llegaba desde la chimenea e identifiqué la voz del barón, aunque la escuchaba en un tono más grave a causa del eco producido por los muros. Aquella vez estaba hablando del sufrimiento de una tal Emma Bovary y me quedé oyendo lo que decía. Yo pensaba que era una historia que el barón se inventaba para entretener a su madre y hacer más llevadera su agonía, pero más tarde me enteré de que era una novela que le leía por capítulos. Doña Emilita era una apasionada de las grandes historias de amor, pero estaba muy débil para sujetar los libros y tenía la vista muy delicada. El barón colocaba el libro en un atril, como el que utilizaba el cura en la iglesia, y leía en voz alta todas las tardes de cinco a ocho, hasta que la señora quedaba vencida por el esfuerzo de imaginar las apasionadas aventuras que su hijo le relataba.

Desde aquel remoto día de mi adolescencia, la visita a la habitación vacía se convirtió en una cita obligada. En aquellos meses descubrí y empecé a amar la literatura a través de la voz sugerente que brotaba desde la chimenea. No importaba que estuviera solo en una habitación oscura, fría y húmeda: en aquellas tardes yo recorrí todo el mundo y conocí ciudades como Moscú, París, Roma, Praga, Berlín, Florencia o Londres. Después no he tenido la oportunidad de viajar hasta esas grandes capitales para conocerlas, pero creo que no lo necesito porque sus calles, plazas y ríos siguen apareciendo en mi memoria cada vez que las evoco, y seguro que las recreo más hermosas que lo que la realidad pueda mostrar.

Había dejado de ir a la escuela del pueblo cuando comenzaron las lecturas porque era mucho más útil en la casa trabajando, aunque mi madre quería que contara con alguna oportunidad en el futuro y me apuntó a las clases de mecanografía que impartían las monjitas de la Consolación. Entonces se decía que quien supiera escribir a máquina estaría preparado para obtener un buen empleo como funcionario de la administración. Yo no lo creía, pero me aplicaba con interés porque era bastante ágil con los dedos y me sentía como si estuviera tocando el órgano de la iglesia, aunque la música que emitían las teclas era muy diferente y monótona.

Un día le pregunté a sor Renunciación por el extraño orden con que estaban repartidas las letras sobre el teclado, y comenté si no sería más lógico que estuvieran colocadas como en el alfabeto. La monja me respondió que todo en la vida seguía el precepto que Dios imponía, y esa disposición de teclas debía de ser la mejor para que los dedos trabajaran con más rapidez y cometiendo menos errores al escribir. Ese día traté de imaginar a Dios escribiendo a máquina, pero me costaba más trabajo recrearlo así que haciendo milagros. Supongo que es fácil imaginarse al Señor haciendo lo sobrenatural, como separar las aguas del mar Rojo, sacar a Eva de las costillas de Adán, mandando las plagas a Egipto o creando el mundo en siete días; pero no es sencillo hacerlo enfrentándose a las labores cotidianas, como echarle paja a las mulas, ordeñando las vacas o cortando leña con un hacha en una

gélida mañana de invierno, cuando los dedos se entumescen por el frío.

Reconozco que por entonces tenía más interés en escribir con rapidez que en hacerlo con las manos bien colocadas y respetando el idioma con las comas, los puntos y las tildes, y eso que la monja me daba con una regla en los nudillos cuando me saltaba las normas, y se enfadaba mucho si cometía más de cinco errores al copiar las hojas del método. Entonces me obligaba a empezar de nuevo.

Hoy recuerdo las clases que impartía sor Renunciación con cierta nostalgia y cariño porque me sirvieron para tener acceso a un mundo que estaba vedado para un infeliz como yo. Puede que aquello sí fuera un auténtico milagro.

El barón era el único hijo de la familia García González. En realidad, tuvo una hermana menor que murió antes de cumplir tres años a causa de una meningitis. Según mi madre, esa tragedia supuso el comienzo de la ruptura entre doña Emilita y don Teodoro, y las consecuencias de ese deterioro en la convivencia las pagó su hijo.

El barón creció alejado del cariño de su padre, que siempre lo consideró un inútil, y protegido bajo las poderosas faldas de su madre, lo que provocó que se desarrollara como un niño enfermizo, introvertido y reprimido. Su carácter no fue fácil de modelar durante los años que permaneció internado bajo la tutela de los frailes dominicos, a pesar de que tenían muy buena fama como educadores. Las clases que recibió contribuyeron a que adquiriera una gran riqueza cultural, porque era muy inteligente y disponía de medios para cultivar su conocimiento, aunque no solía manifestar en público sus habilidades porque en aquellos tiempos no buscaba recibir las alabanzas de sus mentores o la aprobación de su padre.

Cuando llegó al pueblo junto a su madre, parecía un hombre amargado y ausente de lo cotidiano, como si nada de lo que ocurría a su alrededor provocara su interés y ese viaje de vuelta al pasado supusiera un cruel castigo para alguien que amaba la vida

mundana de las grandes capitales. Apenas si prestaba atención a la gente que trabajaba en sus tierras, y a mí menos que nadie porque ni siquiera me respondía cuando lo saludaba. Mi madre me había dicho que siempre que lo viera pasar tenía que decirle con una leve inclinación de cabeza y mucho respeto: «Buenos días, barón». Yo cumplía sus instrucciones, pero no había escuchado una sola respuesta por su parte. No se puede decir que tuviera miedo de su reacción, en realidad era como si él no estuviera, y no le habría prestado más atención si no hubiera sido por la voz sugerente y poderosa que escuché a través de la chimenea.

El barón, cuando no estaba pendiente de su madre, daba largos paseos por las sendas que subían al monte o por los caminos que bajaban hasta las orillas de los riachuelos y arroyos que serpenteaban por el valle y que se unían en la laguna de los Lobos para continuar su curso con el cauce unificado bajo el nombre de río Cengarrón. Hacía tiempo que no quedaban lobos en el valle, pero los más viejos contaban leyendas protagonizadas por esas alimañas que mataban el ganado, lo que había motivado su caza indiscriminada hasta exterminarlos.

Pocas veces se acercaba el barón hasta el pueblo, y cuando lo hacía no se detenía a hablar con la gente, como era propio de los lugareños para intercambiar la información de lo que ocurría en la comarca, sobre todo en lo relacionado con las defunciones y las noticias tristes. Siempre iba con una cartera de cuero colgada de su hombro en la que llevaba un libro, un cuaderno y una pluma estilográfica.

De vez en cuando recibía la visita del administrador de los bienes de la familia que llegaba desde Madrid con el fin de justificar las cuentas e informarle de todo lo que debiera saber. También le hacía firmar los documentos que le entregaba, porque su madre le había cedido el poder a la hora de representarla, pero no la capacidad de decidir. El barón tenía un gran respeto por don Álvaro Marchante, que era su padrino, pero no le gustaba hablar de algo tan prosaico como las inversiones realizadas o los impuestos que debía pagar. Reconozco que el administrador era un hombre que me asustaba. Miraba con un aire siniestro, como si temiera que todos los pobres le fueran a robar, y no parecía bue-

na gente, algo que más adelante llegué a comprobar en mis propias carnes.

Doña Emilita parecía una mujer encogida y derrotada, al menos cuando la conocí, aunque trataba de mantener cierta altivez para demostrar que seguía siendo poderosa y que nada se debía hacer sin su permiso. Mi madre me contó que cuando era joven fue una mujer muy guapa que tuvo muchos pretendientes, incluso apuestos jóvenes pertenecientes a lo más selecto de la nobleza, porque la baronesa era una rica heredera. Ella no había elegido casarse con don Teodoro. En realidad estaba enamorada de un escultor bohemio que había contratado la familia para esculpir la estatua de don Olivino, destinada a ocupar un lugar de honor a la entrada del balneario. El escultor había permanecido dos semanas en el pueblo, pero ella nunca lo había olvidado; y los muchos años pasados junto a su marido únicamente contribuyeron a incrementar su melancolía por el tiempo perdido y por el amor imposible. En el pueblo se llegó a rumorear, aunque mi madre siempre lo negó, que el barón fue fruto de esa relación no permitida, y por eso lo despreciaba su padre.

Don Teodoro no pertenecía a una familia de la alta sociedad. Su fortuna procedía de los negocios de su abuelo como prestamista, al que siguió su padre como importador de automóviles alemanes. Él carecía de la certera visión de sus ascendientes para los negocios y tenía más ambición por el lujo que por el trabajo. El matrimonio con la hermosa heredera le abrió las puertas de la nobleza, y lo supo aprovechar para presumir de título y vivir de las rentas sin llegar a conocer el significado de la palabra trabajar.

A doña Emilita le gustaban las grandes novelas de amor y aventuras que contaban hechos ocurridos en el pasado, cuando los nobles eran románticos y los militares luchaban por el honor de un imperio, al tiempo que eran capaces de batirse en duelo por el amor de una doncella. Durante los meses que estuvo enferma, el barón le leyó: Guerra y Paz, La cartuja de Parma y La montaña mágica, aparte de Madame Bovary, a la que yo me incorporé cuando iba ya por la mitad, aunque más adelante la pude leer entera junto a otras novelas que forman parte de mi propia historia.

Durante los siguientes meses la misma rutina se repitió todas las tardes. En los meses más fríos me tenía que abrigar mucho porque esa habitación no se calentaba, y tuve la fortuna de que el fuego de la chimenea le sentara mal a la señora, por lo que la voz del barón seguía llegando diáfana y con fuerza. Yo acudía puntual a la cita, dispuesto a viajar hasta donde las palabras leídas del barón me quisieran trasladar, aunque notaba que paulatinamente él iba reduciendo el tiempo de lectura porque su madre se fatigaba al recrear en su mente lo que escuchaba.

Como era de esperar por el deterioro que padecía, un día tenía que llegar el triste desenlace de doña Emilita. Fue pocos días después de terminar la Semana Santa porque en su habitación todavía continuaba la capilla que se había habilitado para seguir los actos litúrgicos, y que estaba presidida por una imagen de la Virgen de la Soledad, atribuida a un discípulo de Berruguete, y que pertenecía a la familia desde hacía muchas generaciones. Recuerdo que acudió un cura de la capital para tomarle confesión y rezar los Santos Oficios antes de que la señora recibiera la comunión sin salir de la cama. Mientras, el barón asistía a la ceremonia arrodillado en el reclinatorio recubierto de pan de oro y tapizado con terciopelo rojo que tenía bordado el nombre de doña Clementina, la abuela materna de doña Emilita.

Era una noche muy fría, con un fuerte viento del norte que levantaba la nieve de las cumbres y se filtraba entre las juntas de las puertas y ventanas anunciándose con un inquietante silbido que hacía que yo me encogiera en el colchón de borra bajo las mantas tratando de atrapar todo el calor.

Un grito desolador se abrió camino a lo largo de los pasillos de la casa. Reconocí la voz de mi madre. Estaba clamando al cielo por la muerte de la señora. Tuve mucho miedo porque pensaba que si la muerte había llegado hasta nuestra casa no se conformaría con marcharse solamente con doña Emilita como trofeo. Alguien más podría partir junto a ella para aprovechar el viaje que se había dado hasta un lugar remoto.

De repente se abrió la puerta de mi habitación. Pensé que era el fin y apreté con fuerza las mantas que se habían convertido en mi escudo. Era Cosme y me dijo que me levantara porque

todos éramos necesarios para que doña Emilita pudiera descansar en paz. Mi labor consistía en buscar al sacristán para que abriera la iglesia y tocara a difuntos, con el fin de que todo el pueblo supiera que se había producido una tragedia que afectaba a cada uno de los vecinos de Villadelcerro y de toda la comarca.

Tras llamar con fuerza a la puerta de su casa, el sacristán salió con gesto compungido y me dijo que no eran horas para molestarlo, pero en cuanto le conté lo ocurrido comenzó a exclamar: «¡Madre mía, madre mía, qué tragedia!», y entró a por la llave. Lo acompañé hasta la iglesia, pero me dijo que yo no tenía nada que hacer en el campanario. Era conveniente que regresara a la casa para ayudar a mi madre en todo lo que necesitara ante la faena que se le venía encima.

Mientras regresaba, escuchando el fúnebre tañido de las campanas, supe que las primeras plañideras habían llegado porque sus gritos desconsolados eran impulsados por el viento a lo largo del valle como un eco tenebroso. Al entrar en el salón grande, que se había acondicionado para realizar el velatorio, encontré al barón junto al féretro de su madre. Me sorprendía que el ataúd hubiera llegado tan pronto, aunque más adelante supe que llevaba dos semanas guardado en la casa esperando el momento de ser utilizado. El médico había dicho que el desenlace estaba muy cerca y era conveniente ser previsores.

A un lado estaban las mujeres vestidas de negro, que iban llegando en cuanto se enteraban de la noticia y parecían pugnar entre ellas para expresar su dolor. En el rincón más alejado, y con la cabeza agachada, estaban los hombres en silencio con las boinas quitadas en señal de respeto. Mi madre era la encargada de que todo estuviera en su sitio, y al verme parado junto al quicio de la puerta, se levantó y me dijo que debía acercarme a darle el pésame al barón; pero yo no sabía cómo se hacía eso y me daba mucha vergüenza cruzar la sala entre tanta gente que me miraba.

En ese momento de tanta trascendencia debía obedecer a mi madre y eché a caminar con paso decidido. Cuando llegué a dos metros del barón me puse firme, incliné la cabeza y dije: Le doy mi pésame, barón. Él ni se inmutó y yo retrocedí con prisa. Pasado un rato, mi madre me pidió que me fuera a dormir porque

los muchachos no debían asistir a los duelos para que no se acostumbraran a la muerte antes de tiempo. Aquella noche no volví a conciliar el sueño por temor a que la muerte continuara rondando por la casa y me echara el guante en cuanto cerrara los ojos. Yo la imaginaba como una vieja chepuda y andrajosa que llevaba la cara tapada con un velo negro que levantaba ante el que se iba a llevar, por lo que nadie quería mirar a los ojos de esa vieja impertinente.

Los que sabían del tema dijeron que jamás se había celebrado un entierro con tanto boato en la comarca. Hasta se engalanó con flores un carruaje tirado por cuatro caballos negros que trasladó el féretro al mausoleo que la familia había construido en el cementerio y que tuvo que ser limpiado por varias mujeres para que luciera a la altura de la finada que iba a acoger. Muchos nobles y autoridades relevantes llegaron desde lugares lejanos para asistir al sepelio, y para ellos estuvieron reservados los bancos de la iglesia, mientras la gente del pueblo se agolpaba en la puerta esperando su turno para dar la cabezada. Yo vi llegar el cortejo fúnebre desde lo alto de la tapia del cementerio. Hasta entonces no había tenido interés por los entierros, pero la majestuosidad del acto me impresionó; sobre todo, el tenebroso silencio de la larga hilera de gente que seguía al carruaje por un camino encharcado, lo que realzaba el sonido de los cascos de los caballos y sus relinchos, que parecían gritos de dolor.

Yo pensaba que el barón iba a regresar a Madrid una vez terminados los actos de homenaje en honor de doña Emilita, porque nada se le había perdido en el pueblo y no parecía feliz en un lugar tan alejado de la civilización. Suponía que en la capital tendría muchas cosas que hacer más interesantes que caminar por el monte junto a sus libros, como si estuviera huyendo de algo.

Es cierto que se fue a los pocos días sin avisar a nadie de su marcha, pero cuatro meses más tarde regresó junto a un camión de mudanzas para instalarse definitivamente en la casa grande, lo que pilló por sorpresa a todos los que dependíamos de la familia. El barón parecía un hombre totalmente cambiado, y no porque fuera más comunicativo, de hecho seguía ignorando mi exis-

tencia; pero su aspecto no pasaba desapercibido. Cada vez que salía a la calle iba ataviado con un sombrero de ala ancha, una capa negra, unas botas de punta fina hechas con piel de cocodrilo, y se apoyaba en un bastón fabricado con una empuñadura de marfil que imitaba la cabeza de una serpiente. Entonces pensé que la gente más importante de las grandes capitales debía de vestir con una indumentaria similar para diferenciarse de la plebe. Yo trataba de imaginar cómo me sentarían esos ropajes, aunque supuse que no serían muy prácticos para llevar las vacas a pastar por el prado, para buscar setas o para cortar leña para el fuego.

Mi madre, que estaba al tanto de casi todo lo que pasaba, me dijo que esa no era la vestimenta propia de la gente más notable, sino de los artistas bohemios. El barón había decidido convertirse en un autor que se dedicaría a escribir una gran novela ambientada en nuestra tierra, aunque de una manera muy diferente a como nosotros la veíamos y ubicada en una época remota. Eso era lo que mi madre, no muy versada en literatura ni en los caprichos propios de los artistas bohemios, había escuchado cuando el barón hablaba con el administrador mientras ella servía el té en el salón.

En aquellos tiempos no me planteaba, ni en mis sueños más enfebrecidos, el acceso a la creación literaria. Eso no era propio de gente insignificante como yo. Además, cada día asumía nuevas responsabilidades para liberar de algunas cargas a mi madre y ser digno de cobrar el jornal de los peones que cuidaban de las tierras heredadas por el barón. No todos los que trabajaban para él percibían un sueldo. Había familias que arrendaban parcelas y debían pagar rentas anuales que el administrador se ocupaba de recaudar puntualmente sin preocuparse de si había sido un buen año para la cosecha o para la crianza de ganado. Los problemas que pudieran tener los pobres no eran de la incumbencia de don Álvaro Marchante y de su hijo, don Agustín, que poco a poco iba asumiendo algunas de las funciones de su padre y que no me parecía menos mísero y soberbio que su progenitor porque trataba a los trabajadores como si fueran sus esclavos. Un día, en que llegó acompañado de una hermosa muchacha, me mandó limpiar

la boñiga de una vaca que estaba junto a su coche. En cierto modo eso formaba parte de mi trabajo y no me debía molestar, pero la burla que hizo de mí ante la joven sí me dolió, porque dijo que la gente como yo no servíamos para hacer otra cosa que limpiar mierda. En ese momento me hubiera gustado lanzarle la boñiga a la boca, pero no me atreví porque todavía estaba muy lejos de convertirme en un rebelde.

En la casa había una habitación que consideraba mi paraíso particular. Era feliz cada vez que me colaba en el cuarto de los trastos viejos. Allí la familia del barón había acumulado lo que dejaba de ser útil o había pasado de moda y no deseaban tirar, porque a todo le encontraban valor sentimental, a pesar de que nunca se molestaran en saber lo que almacenaban en baúles, cajas y armarios. Aunque tenía prohibido pasar a esa habitación, que solía cerrarse con una de las llaves que guardaba mi madre, la curiosidad era más poderosa que la prudencia, y siempre que podía abría la puerta e indagaba entre todos los objetos que se guardaban desde hacía muchos años, y de los que en su mayoría desconocía la finalidad que pudieran tener. Me gustaba crearles nuevas funciones y jugar con ellos hasta que llegaba la hora de la cena. Para un muchacho que nada tenía en propiedad, se trataba de un auténtico tesoro que crecía a diario con nuevos descubrimientos.

Entre todos los cacharros viejos que encontré, hubo uno por el que sentí un especial interés desde el momento en que lo vi. Al abrir una pesada maleta descubrí una vieja máquina de escribir que tenía las teclas circulares y blancas con el borde plateado y con las letras pintadas en negro. En nada se parecía a las que tenían las monjas y era bastante más pesada. Coloqué la máquina encima de una mesa y comencé a teclear, pero no tenía el carrete con la cinta entintada, por lo que los tipos golpeaban el carro sin que quedara constancia de lo que escribía. La máquina debía de llevar muchos años sin que nadie la engrasara y había que hacer mucha fuerza con los dedos para empujar las teclas. En ese momento no me importaban los inconvenientes de su manejo porque imaginaba que estaba escribiendo mis propias aventuras en lugares tan lejanos como los que describía el barón en sus lecturas.

Después me di cuenta de que la máquina tenía una marca que la distinguía: era una Underwood nº 5 de 1915, una auténtica joya si estuviera bien conservada y se pudiera utilizar. Yo no sabía dónde se podrían conseguir los carretes de cinta entintada que necesitaba para escribir, ni tenía dinero para comprarlos. Pensé que no debía comentar que había descubierto esa máquina porque me habrían acusado de robarla a pesar de que nadie la utilizara y estuviera abandonada.

En las siguientes visitas a la habitación, tras indagar en algún armario o baúl a la búsqueda de nuevas joyas que incrementaran el botín y mi fantasía, volvía a colocar la máquina encima de la mesa, me sentaba en un viejo taburete lleno de polvo y dejaba que las manos pulsaran las teclas. Trataba de recordar los textos que el barón le leía a su madre e imaginaba que yo era el escritor que los había creado, como suponía que estaría haciendo el barón con su obra, aunque no tenía la más remota idea de cómo trabajaban los grandes escritores, ni si bastaría con saber escribir a máquina para llamarse escritor y estar autorizado para crear novelas.

Puede que fuera después de aquel descubrimiento cuando comencé a sentir auténtica curiosidad por el barón, y no sólo porque fuera el dueño de la tierra donde residía y de mi propia vida, sino porque me interesaba saber cómo era. Un día hasta lo seguí en su camino por el monte. No era difícil hacerlo porque con todo lo que llevaba encima no podía alejarse mucho sin agotarse al avanzar por las empinadas veredas. Aquel día se sentó en una roca grande desde donde se contemplaba una hermosa vista del pueblo y del bosque de los Gurriatos, famoso por sus jabalíes y por las setas que crecían en el otoño, especialmente trufas, muy apreciadas entre la gente de la alta sociedad.

Vi cómo el barón sacaba el cuaderno y la pluma de la cartera y comenzaba a escribir, pero me sorprendió que dejara de parecer el hombre tranquilo y seguro que conocía. Se le notaba muy tenso, como si al escribir estuviera sufriendo, y hasta parecía que llegaba a desesperarse. Hasta entonces yo pensaba que el trabajo literario debía de ser cómodo porque no había que deslomarse de sol a sol con frío, lluvia o calor; pero me di cuenta de que los

escritores también sufren, y con el paso del tiempo he descubierto que las palabras que buscan no siempre llegan cuando las necesitan, y que a veces las ideas brillantes se esfuman antes de que puedan ser trasladadas al papel. Todos tenemos palabras y medios para escribirlas, hemos vividos situaciones que podrían formar parte de una hermosa historia; y, sin embargo, son muy pocos los capaces de escribir un texto, y escasísimos los que completan una novela que alcance la categoría de obra maestra. El barón aspiraba a ser uno de los elegidos, como otros muchos que ven derrotada su ambición en el transcurso de un tortuoso camino.

Por entonces, ya no iba a que las monjas me dieran clase de máquina. Se habían trasladado a otra sede de la congregación y mi madre tenía nuevos planes para mí. Debía convertirme en un hombre de provecho de una manera distinta a como ella había imaginado, y yo procuraba obedecer en todo lo que me decía o en lo que me mandaba Cosme; pero siempre me reservaba algo de tiempo para acudir al cuarto de los trastos viejos.

Aquella tarde de finales de otoño llovía con fuerza. Yo había terminado el trabajo en el pajar, ayudando en el arreglo del viejo portón que tenía varios maderos que encajaban mal, lo que facilitaba que los ratones se colaran por los huecos. Me gustaba trabajar con Cosme porque siempre me contaba algún chascarrillo o las batallas en que había participado. Nunca hablaba de la guerra civil, en que fue uno de los vencidos, porque nada de lo que había vivido era hermoso y decía que no merecía la pena recordar lo que se había perdido porque el dolor volvía a aparecer. Era preferible tapar lo vivido bajo una montaña de rocas para que el miedo no regresara, porque ya le había hecho mucho daño. A Cosme le preocupaba lo que ocurriera en el valle después de la muerte de doña Emilita, y tenía un particular concepto del barón.

—No es mala gente, Crisanto, pero nos traerá problemas a los que trabajamos en sus tierras. Su cabeza no es de este mundo y sus problemas no son los nuestros. Él sólo busca las palabras y nosotros necesitamos lentejas. Mientras tanto, los buitres andan acechando para llevarse la carnaza y los frutos de nuestro esfuerzo. Si no se espabila, terminará tan castigado como nosotros. O

puede que peor, porque por aquí merodean muchos señoritos con escopeta y avaricia a los que se les puede escapar un tiro el día menos pensado. Pero esa no es nuestra guerra, muchacho. Nuestra lucha pasa por tener la cazuela llena de habichuelas cada día, y eso no es fácil cuando no eres dueño de la tierra que cultivas ni de las vacas que ordeñas, y cuando los terratenientes cada día nos exprimen más para que les pagemos sus caprichos.

Tardé bastante tiempo en comprender lo que decía Cosme porque por entonces no entendía cómo funcionaba la codicia de los hombres, sobre todo la de los poderosos, que es mucho más dañina que la de los pobres.

Cuando terminé de trabajar en el pajar, fui a ver a mi madre. Como ella no necesitaba que la ayudara a pelar patatas o a devanar la lana, me encaminé hacia la habitación de los trastos viejos para emprender una nueva aventura. Después de revolver en el fondo de un viejo armario que tenía menos explorado, buscando algo nuevo que pudiera ser útil a mis planes, volví a sacar la vieja Underwood para sentirme inventor de historias fugaces que nunca quedarían escritas. La sensación que tenía era mucho más agradable que cuando seguía el método exigente de sor Renunciación sin cometer errores y pulsando siempre las teclas con los dedos correctos para que las manos tuvieran pleno control sobre el teclado.

No recuerdo lo que intentaba escribir, pero lo hacía lo más rápido que podía y sin fijarme en las teclas porque contemplaba un viejo cuadro en el que veía una batalla con guerreros a caballo portando lanzas. Supongo que la propia batalla inspiraba lo que teclaba porque por entonces me gustaban las guerras. No me había dado cuenta de que alguien había entrado en la habitación, ya que me aislaba el ruido que hacían los tipos cuando golpeaban contra el carro.

—¿Qué estás haciendo muchacho?

Me revolví sobresaltado y me encontré frente al barón. Me miraba con un gesto serio, y supongo que yo estaba temblando.

—Le juro que no estoy robando nada.

—No tengas miedo, no te estoy acusando. Solamente quiero saber por qué teclabas en la máquina de escribir cuando apenas si

hay luz para distinguir las teclas y sin que hayas puesto un folio en el carro que deje constancia de lo que estás escribiendo.

Estaba muy asustado cuando le dije que el papel no me hubiera servido de ayuda porque la máquina no tenía carrete.

El barón se acercó y estuvo examinando la vieja máquina.

—Una auténtica reliquia. ¿Te gustaría teclear palabras en una buena máquina de escribir para que queden escritas en folios?

—Esta máquina me gusta mucho y me parece que funciona bien, aunque está bastante dura. Debe de llevar muchos años sin que se engrasen las piezas. Si pudiera ponerle una cinta me gustaría usarla, aunque no sé las palabras que escribiría.

—¿Quién te enseñó a escribir?

—Aprendí con las monjas. Sor Renunciación me dijo que la mecanografía era un conocimiento muy útil para encontrar un buen trabajo cuando fuera mayor, pero yo me limitaba a copiar los papeles del método, aunque no terminé el curso y no creo que me servirá de mucho.

—¿Sabes escribir sin cometer errores?

—Las palabras que conozco las escribo bien, pero hay demasiadas que no he visto escritas, sobre todo las que usted le decía a su madre por las tardes. Algunas me parecían muy bonitas, aunque no conozco su significado y creo que no sabría escribirlas bien.

—¿Acaso me has espiado?

—No señor, le juro que sólo escuchaba las historias que le contaba porque eran muy hermosas y me permitían viajar. Yo nunca he salido del valle.

Pensaba que me había metido en un buen lío, pero por su gesto me di cuenta de que sentía más curiosidad por saber cómo me las arreglaba para escuchar sus lecturas, que recelo por sentir su intimidad amenazada. Tuve que explicarle el proceso que había seguido y lo acompañé hasta la habitación vacía, donde continuaba la silla junto a la puerta. La situé en la posición donde me sentaba cada tarde y le dije que el sonido llegaba desde la chimenea. Él me pidió que fuera hasta el dormitorio de su madre y leyera en voz alta un fragmento de alguno de los libros que había sobre la cómoda. Se sentó en la silla y me dirigí al dormitorio temblando, como si me enfrentara a una terrible prueba.

El dormitorio seguía tal y como estaba cuando lo ocupaba doña Emilita, y sobre la cómoda quedaban algunos de los libros que el barón le había leído a su madre. Elegí Madame Bovary porque fue la novela que cambió mi destino. Abrí el libro hacia la mitad y comencé a leer en voz alta por primera vez. Supongo que el barón debió de darse cuenta del pánico que sentía por mi voz balbuciente:

«El rayo de luz que subía directamente arrastraba hacia el abismo el peso de su cuerpo. Le parecía que el suelo de la plaza, oscilante, se elevaba a lo largo en las paredes, y que el techo de la buhardilla se inclinaba por la punta, a la manera de un barco que cabecea. Ella se mantenía junto a la orilla, casi colgada, rodeada de un gran espacio. El azul del cielo la invadía, el aire circulaba en su cabeza hueca, sólo le faltaba ceder, dejarse llevar, y el ronquido del torno no cesaba...»

–«...como una voz furiosa que la llamaba» –añadió el barón desde la puerta completando el párrafo–. Has elegido un hermoso fragmento que recuerdo muy bien. No te puedo reprochar por el deseo de aprender lo que se cuenta en los libros, y me parece que has seguido un método ingenioso.

Por primera vez atisé una sonrisa en el barón, y eso me dio ánimo para seguir con la charla.

–¿Usted es escritor?

–Lo soy.

–Entonces sabrá escribir muy bien a máquina.

–Sé escribir, pero no puedo.

–¿Por qué?

–No es el momento de explicarlo. Ahora me interesa saber si tú serías capaz de hacerlo bien.

–Creo que sí, siempre que pudiera practicar durante algunas semanas, aunque cada día tengo que hacer más trabajo en sus tierras y para ayudar a mi madre. No me queda mucho tiempo para aprender, aparte de que no tengo libros para saber cómo se escriben las palabras, y si llevan mayúsculas, acentos o comas.

–Todo eso se puede conocer si se tiene voluntad para hacerlo porque los medios se pueden conseguir. En cuanto al tiempo que necesites para ponerte al día, creo que es algo que se puede

solucionar. Pero lo que me parece más importante es adquirir un compromiso, porque no basta con aplicar la voluntad. Hay que tener confianza, y si te ofrezco los medios para aprender, necesito tener la certeza absoluta de que puedo confiar en ti y de que siempre me serás leal.

–Le juro que haré todo lo que me pida –dije sin saber cuál sería su propuesta. Era la primera vez que alguien importante me hablaba como si yo fuera un hombre, y hasta parecía que necesitaba de mi ayuda.

–¿Cómo te llamas?

–Crisanto María Gascón Olmedilla, para servir a Dios y a usted.

–Muy bien Crisanto, me agradas. A partir de mañana empezaré a ponerte a prueba, y no te preocupes por el trabajo que has desempeñado hasta ahora, alguien lo hará. Hablaré con tu madre para que sepa que te he adjudicado una ocupación que te dispensa de realizar otras faenas. Por un tiempo tendrás que prescindir de tu máquina de escribir porque la enviaremos a un taller especializado para que la dejen en perfectas condiciones de ser usada y nunca le falte la tinta, además de incluir la letra eñe porque esta máquina es americana y no la tiene.

–Esa máquina no es mía, es de su familia.

–Desde ahora tú serás quien la maneje y nadie más pondrá las manos en ella. Hasta que esté reparada podrás trabajar con otra más pequeña que guardo en la biblioteca, porque no hay tiempo que perder.

–¿Qué es lo yo tendría que hacer?

–Aprender mucho y rápido, aunque no te exigiré más de lo que puedas dar si eres honesto.

–¿Para qué?

El barón se quedó mirándome en silencio antes de responder. Parecía que no encontraba las palabras que buscaba y el gesto de su cara cambió.

–Porque necesito que me prestes tus manos para escribir mi novela –dijo en un tono distinto, teñido de una inmensa angustia. Ese hombre grande, inteligente y rico estaba a punto de derrumbarse ante un muchacho lisiado, ignorante y pobre.

Recuerdo que me fijé en sus manos y me di cuenta de que tenía los dedos deformes y los movía con lentitud. Entonces comprendí por qué sufría cuando lo vi escribir en lo alto del mirador. No era porque su inspiración no fluyera como deseaba: su mano no podía seguir el ritmo que necesitaba para escribir las frases que le dictaba su mente.

Aquella tarde lluviosa comprendí que ese hombre tan extraño y distante se sentía tremendamente débil, y me pedía que le prestara mis manos para dejar de ser un mutilado al que las palabras se le quedaban enquistadas en el cerebro porque no era capaz de escribirlas. Recuerdo que le dije, con la voz entrecortada por la emoción que sentía, que haría todo lo que fuera preciso para que mis manos le sirvieran. Después me pidió que lo siguiera hasta una sala grande que él había convertido en biblioteca.

Era la primera vez que yo pasaba a esa habitación desde que se había trasladado a la casa. Las paredes tenían estanterías que llegaban hasta el techo y todas estaban repletas de libros, miles de libros cuidadosamente ordenados por temas. Supongo que yo debía mirarlos con la boca abierta, incapaz de decir una sola palabra.

—Aquí guardo buena parte de la sabiduría que han dejado los hombres más brillantes de la humanidad. Si haces méritos, todos estos libros estarán a tu disposición porque el conocimiento debe estar al alcance de todo el que lo necesite. Pero antes de que puedas elegir los libros que deseas leer, hay dos de ellos que deben convertirse en tus compañeros inseparables durante los próximos meses. De lo que llegues a aprender en sus páginas y de la habilidad de tus dedos, dependerá lo útil que puedas ser a mis fines.

Después cogió dos gruesos volúmenes de la estantería.

—Aquí tienes la Gramática de don Andrés Bello y el Diccionario de doña María Moliner, una vieja gramática y un nuevo diccionario para que conozcas la herramienta más sofisticada que se ha inventado: el lenguaje. No es necesario que los aprendas de memoria ni que dediques infinidad de horas a su lectura, pero es preciso que sepas que ellos te sacarán de cualquier duda que tengas y siempre encontrarás algo interesante y hermoso en sus páginas, sobre todo en el diccionario.

Después cogió un maletín que estaba en el suelo junto a una mesa grande.

–Esta máquina de escribir portátil funciona perfectamente y se convertirá en tu fiel compañera. Es básico que llegues a conocerla muy bien porque te acompañará allá donde vayamos. Con esta máquina será más importante la rapidez de manos que seas capaz de alcanzar para que puedas escribir lo que yo te dicte sin interrupciones, mientras con la otra tendrás que buscar la perfección para que no haya un solo error en la copia definitiva de la novela.

Yo estaba abrumado por las explicaciones que me daba porque me parecía increíble que todo eso me estuviera pasando por colarme en el trastero y golpear con los dedos en la vieja Underwood. Después, el barón me guió hasta un pequeño cuarto al que se accedía desde la biblioteca.

–Aquí será donde tú trabajes, donde des la forma final a mi obra. Quiero que escribas con comodidad por lo que la acondicionaré con aquello que necesites; pero antes será necesario que me demuestres que eres digno de la confianza que te estoy dando.

–Lo seré, barón, le prometo que lo seré.

Aquella noche, cuando me metí en la cama, comencé a llorar. No sabía si lo hacía por la responsabilidad que me había creado o porque la fortuna se cruzaba por primera vez en mi vida. Ese hombre me estaba ofreciendo la oportunidad de hacer algo hermoso y de dejar de sentirme como un mutilado.

Han pasado muchos años desde entonces. El camino ha sido largo, emocionante y en ocasiones terriblemente cruel, pero todavía me estremezco de emoción al recordar ese mágico encuentro.